

XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2017.

La burocracia sindical en debate.

Ianina Harari.

Cita:

Ianina Harari (2017). *La burocracia sindical en debate. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/500>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Eje Temático: Sociología del poder, el conflicto y el cambio social

Mesa 79: Clase obrera, izquierda y burocracia sindical

La burocracia sindical en debate
Acerca de su relación con el programa reformista

Ianina Harari

CEIL-Conicet

Ianinaharari@yahoo.com.ar

Abstract:

El concepto de burocracia sindical es un punto de debate en los estudios sobre sindicalismo tanto en el campo de la sociología como de la historia. Se trata de un concepto histórico que alude a la dirigencia sindical que asume ciertas características, según la visión que se adopte. Las definiciones tienden a polarizarse entre verla como expresión directa de los intereses y la conciencia de la clase (consenso pleno), o bien como un conjunto de dirigentes alejados de las bases, con intereses propios que se perpetúan mediante la constante represión y eliminación de la democracia interna (coerción plena). Creemos que cualquiera de estas posiciones es idealista, porque se abstrae del proceso histórico que da lugar a la consolidación de los dirigentes sindicales peronistas, de la dinámica de la lucha de clases y del movimiento de la conciencia obrera, que nunca es estática. Por este motivo, en este trabajo nos valdremos de una revisión de los casos históricos para aproximarnos al entendimiento de las causas de su surgimiento, la relación con la clase, la relación con determinado programa político, los mecanismos de perpetuación y las diferencias a su interior.

Palabras claves:

Burocracia sindical – Peronismo – Reformismo

El concepto de burocracia sindical es un punto de debate en los estudios sobre sindicalismo tanto en el campo de la sociología como de la historia. Se trata de un concepto histórico que alude a la dirigencia sindical que asume ciertas características, según la visión que se adopte. Las definiciones tienden a polarizarse entre verla como expresión directa de los intereses y la conciencia de la clase (consenso pleno), o bien como un conjunto de dirigentes alejados de las bases, con intereses propios que se perpetúan mediante la constante represión y eliminación de la democracia interna (coerción plena). Creemos que cualquiera de estas posiciones es idealista, porque se abstrae del proceso histórico que da lugar a la consolidación de los dirigentes sindicales peronistas, de la dinámica de la lucha de clases y del movimiento de la conciencia obrera, que nunca es estática. Por este motivo, en este trabajo nos valdremos de una revisión de los casos históricos para aproximarnos al entendimiento de las causas de su surgimiento, la relación con la clase, la relación con determinado programa político, los mecanismos de perpetuación y las diferencias a su interior.

La burocracia y el programa peronista

Para entender qué se esconde detrás de la idea de “burocracia sindical”, hay que partir de que se trata de un concepto histórico, es decir, el nombre con el que se designa a los cuadros sindicales peronistas en la Argentina. Entonces, se trata del personal sindical de un programa político determinado: el reformismo, que es un programa burgués por su contenido, por más que sea encarnado por masas obreras. Se trata de un programa de conciliación de clases. El rol de la burocracia en este esquema es ser representante de los intereses de la burguesía en el seno del proletariado (la continuidad de las relaciones capitalistas) y a su vez representar los intereses secundarios (económicos corporativos inmediatos) de la clase obrera en el seno de la burguesía. Que la balanza se incline más para uno u otro lado, dependerá de cuan a la izquierda o a la derecha esté el reformismo que pregonen. Esto significa que la burocracia puede protagonizar procesos de lucha y hasta enfrentamientos con el Estado. Hay cientos de ejemplos, desde los planes de lucha con tomas de fábricas de Vandor en los 60, hasta la lucha contra la reforma laboral del MTA de Moyano en los 90 que fueron reprimidas, o las huelgas al kirchnerismo contra el impuesto a las ganancias. La huelga que dio lugar al Cordobazo fue convocada por la burocracia cordobesa que luchaba contra las quitas zonales y la derogación del sábado inglés. La CGT de los Argentinos y la CGT de Brasil fueron escisiones de la burocracia que se han enfrentado a dictaduras militares. La CTA también es un ejemplo de ello y podemos recordar la carpa blanca docente de CTERA.

Consideramos que los límites de estas luchas, que suelen caracterizarse como traiciones, deben buscarse en su programa. El reformismo es un programa de conciliación de clases, que propone una

alianza con alguna o varias fracciones de la burguesía. Su objetivo no consiste en derrocar al capitalismo sino en su conservación, y de allí que ante la amenaza revolucionario cierran filas en su defensa. Pero en períodos donde ese peligro está ausente, la burocracia peronista sostiene la alianza con las capas y fracciones del capital nacional más débil. El programa de esta alianza reformista es nacionalista (defensa del capitalismo nacional), y busca la protección del mercado interno. Se trata del programa de liberación nacional que defendía la burguesía nacional débil nucleada en la CGE.¹ El programa puede aparecer de forma más tibia o más decidida. Los programas de La Falda (1957) o el de Huerta Grande (1962) son ejemplos de cuan radicalizado puede llegar a ser el reformismo de la burocracia peronista.

En el primero, encontramos las bases de este programa. El primer apartado de este programa se refiere al comercio exterior. Los puntos que levantan son que el intercambio comercial con el exterior sea controlado por el Estado, que se eliminen los monopolios extranjeros, que los productores controles las operaciones comerciales “con un sentido de defensa de la renta nacional”, la ampliación y diversificación de los mercados internacionales y la denuncia de todos los pactos “lesivos de nuestra independencia económica”. También plantean la planificación de la comercialización “teniendo presente nuestro desarrollo interno” y la integración económica con “los pueblos hermanos de Latinoamérica”. Se trata de reivindicaciones propias de la burguesía más débil que se ve imposibilitada de competir en el mercado mundial, dada su baja productividad, y por eso reclama protección estatal frente a las importaciones a la vez que busca ampliar el mercado pero dentro de una región en la que pueda medianamente competir.

Respecto al mercado interno plantea una política de elevación de salarios y del consumo, un aumento de la producción “con sentido nacional”, el desarrollo de la industria liviana “adecuada a las necesidades del país” y la “consolidación de la industria pesada”. Respecto a la política energética, proponen la nacionalización de las fuentes naturales de energía. En cuanto a las economías regionales, que se encontraban en crisis, exigen “soluciones de fondo, con sentido nacional a los problemas económicos regionales sobre la base de integrar dichas economías a las reales necesidades del país, superando la actual división entre ‘provincias ricas y provincias pobres’”. También demandan un control centralizado del crédito por parte del Estado. En cuanto al ámbito agropecuario reclaman la nacionalización de los frigoríficos extranjeros, “a fin de posibilitar la eficacia del control del comercio exterior, sustrayendo de manos de los monopolios extranjeros dichos resortes básicos de nuestra economía”, otorgándole al sector una importancia en las exportaciones argentinas que no tenía. Asimismo proponen un programa agrario que se base en la mecanización del agro, expropiación del latifundio y extensión del cooperativismo agrario, en

¹ Ver: Sanz Cerbino, G.: *La burguesía argentina ante la crisis orgánica*, Buenos Aires, Ediciones ryr, en prensa, 2016, cap. III “Los programas en pugna”.

procura de que la tierra sea de quien la trabaja, lo cual supone una defensa de la burguesía agraria más pequeña.

En el apartado sobre “Justicia Social”, plantean un plan de reivindicaciones obreras: control obrero de la producción y distribución de la riqueza nacional, mediante la participación efectiva de los trabajadores en la elaboración y ejecución del plan económico general, a través de las organizaciones sindicales; participación en la dirección de las empresas privadas y públicas, asegurando, en cada caso, el sentido social de la riqueza y control popular de precios. También reclaman un salario mínimo, vital y móvil, previsión social integral, unificación de los beneficios y extensión de los mismos a todos los sectores del trabajo, reformas de la legislación laboral “tendientes a adecuarla al momento histórico y de acuerdo al plan general de transformación popular de la realidad argentina”; creación del organismo estatal que con el control obrero posibilite la vigencia real de las conquistas y legislaciones sociales; estabilidad absoluta de los trabajadores y fuero sindical. Se trata de reivindicaciones sindicales muy avanzadas, tanto que muchos sectores de izquierda las comparten hasta hoy en día. Sin embargo, todas ellas parten de la ilusión en que el capitalismo argentino puede mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y la burguesía nacional tiene un interés en ello, y no en aumentar la tasa de explotación.

En el apartado “soberanía política”, es donde más a la izquierda hacen llegar su programa. Proponen la elaboración del gran plan político-económico-social, que “reconozca la presencia del movimiento obrero como fuerza fundamental nacional, a través de su participación hegemónica en la confección y dirección del mismo”. Es decir, no plantean la toma del poder por parte de la clase, sino que se le dé un lugar privilegiado. También demandan un fortalecimiento del estado “nacional popular”, “tendiente a lograr la destrucción de los sectores oligárquicos antinacionales y sus aliados extranjeros, y teniendo presente que la clase trabajadora es la única fuerza argentina que representa en sus intereses los anhelos del país mismo, a lo que agrega su unidad de planteamientos de lucha y fortaleza”. Aquí no solo no se oponen al Estado comandado por la burguesía, sino que identifican aliados y enemigos. Si los enemigos son la oligarquía antinacional y la burguesía extranjera, los aliados deben ser los capitales industriales nacionales, aquellos cuyas reivindicaciones vimos que levantaban en el resto de los apartados. También evidencian su nacionalismo: la clase obrera porta los anhelos nacionales, o sea, del capitalismo nacional y por tanto de la burguesía que lo comanda.² También se plantea una reivindicación del latinoamericanismo (“dirección de la acción hacia un entendimiento integral (político-económico) con las naciones hermanas latinoamericanas”) y del federalismo (“acción política que reemplace las divisiones artificiales internas, basadas en el federalismo liberal y falso”). Por supuesto, agregan la consigna de “libertad de elegir y ser elegido,

² Para una crítica al nacionalismo ver: Harari, Fabián: “Casas ajenas. La naturaleza de las naciones”, en *Razón y Revolución*, nº 29, Buenos Aires, 2016.

sin inhabilitaciones, y el fortalecimiento definitivo de la voluntad popular”, contra la proscripción que pesaba sobre el peronismo. Por último, se solidarizan con las luchas de liberación nacional de los pueblos oprimidos.

Años después, el programa de Huerta Grande, menos ambicioso, recupera los principales puntos:

- “1. Nacionalizar todos los bancos y establecer un sistema bancario estatal y centralizado.
2. Implantar el control estatal sobre el comercio exterior.
3. Nacionalizar los sectores claves de la economía: siderurgia, electricidad, petróleo y frigoríficas.
4. Prohibir toda exportación directa o indirecta de capitales.
5. Desconocer los compromisos financieros del país, firmados a espaldas del pueblo.
6. Prohibir toda importación competitiva con nuestra producción.
7. Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.
8. Implantar el control obrero sobre la producción.
9. Abolir el secreto comercial y fiscalizar rigurosamente las sociedades comerciales.
10. Planificar el esfuerzo productivo en función de los intereses de la Nación y el Pueblo Argentino, fijando líneas de prioridades y estableciendo tope mínimos y máximos de producción.”

Dado que el reformismo es un programa que reivindica el policlasismo, con mayor o menor protagonismo de la clase obrera, no es casual que centrales obreras como la CTA participen en multisectoriales junto con, por ejemplo, la Federación Agraria Argentina. Se trata de una derivación lógica de un programa que busca aliarse con los capitales nacionales más chicos, aunque en el agro los capitales más débiles son de una magnitud considerable.³ Es decir, se lleva a los obreros a aliarse con sus propios patrones (recordemos que en la CTA hay algunas organizaciones de trabajadores rurales como el Sindicato de Tareferos en Misiones).

La alianza con la burguesía no solo se expresa de forma genérica en el programa y en su adscripción a alguna variante del peronismo, sino que puede verse incluso de forma más inmediata cuando los sindicatos se movilizan en defensa de las patronales de sus ramas. Un claro ejemplo fue el de la UATRE que apoyó el reclamo de las patronales agrarias en el conflicto del campo del 2008. Otro ejemplo es el del SMATA, que presentó en 2016 un proyecto de Ley en el Congreso en defensa de las autopartistas nacionales. El proyecto fue impulsado por Oscar Romero, dirigente del SMATA y jefe del Bloque Justicialista de la Cámara de Diputados, y el sindicato se movilizó el día 30 de junio en apoyo al mismo. En un contexto en el que el gremio sufría suspensiones, no se movilizó contra ellas pero sí para aprobar una ley que favorecía a las empresas autopartistas. La norma buscaba

³ Sartelli, Eduardo (Dir.): *Patrones en la ruta*, Ediciones ryr, Bs. As., 2008.

incentivar el uso de autopartes nacionales, favoreciendo a las terminales con exenciones impositivas. Estos son claros casos en donde la movilización de los sindicatos no responde a un interés obreros, sino patronal. Es decir, no siempre una manifestación obrera expresa un reclamo por intereses propios.

El argumento que esgrime la burocracia, en general, es que el sindicato está defendiendo las fuentes de trabajo y, por lo tanto, está en los intereses obreros la subsistencia de estos capitales, incluso los más ineficientes que solo funcionan con el pulmón estatal. Por ello, interceden frente al Estado como representantes de esas patronales. Así, incluso, pueden llegar a justificar la necesidad de las empresas de suspender trabajadores y arreglar retiros voluntarios (despidos encubiertos). Si revisamos la evolución del empleo en el sector automotriz, vemos que el argumento del cuidado de los puestos es falso. La tendencia en esta rama es al aumento de la producción con una destrucción de puestos de trabajo constantes en paralelo. Ello mismo podría verificarse en otros sectores. Esta defensa de los intereses patronales es la que explica también el apoyo de un sector importante de la burocracia a las leyes de flexibilización laboral en los 90 y la firma de convenios colectivos más flexibilizados con Macri (Vaca muerta, etc.).

Como toda burocracia comparte, en última instancia, los mismos intereses de la burguesía, es evidente que a ella le es útil como dique de contención y tiene un interés en su perpetuación. De allí que el “sobre debajo de la mesa” sea moneda corriente, así como los aportes del Estado en diferentes ítems como el fondo a las obras sociales, para cursos de capacitación, etc. No se trata de mayor o menor honestidad de los dirigentes, sino que la corrupción es el mecanismo por el cual la burguesía se garantiza un personal sindical que mantenga en orden a sus subordinados. En este mismo sentido se comprende la legislación que tiende a reforzar el poder de la burocracia, como la Ley de Asociaciones Sindicales, y las intervenciones del Ministerio de Trabajo en favor de ella.

Pero esta imbricación con los intereses de la burguesía puede llegar incluso más lejos. Suele atribuirse a la burocracia intereses propios, en especial por su conversión en empresarios, y la de sus gremios en empresas. Sin embargo, no podría achacarse esto a cualquier burócrata sindical. Por ejemplo, probablemente De Genaro no haya incrementado su fortuna como Cavallieri. Y sin embargo, no dejó de ser un burócrata. Lo que sucedió en este último caso, como en el de los llamados “gordos” en general, es que se han convertido ellos mismos en burgueses, es decir, en explotadores. A diferencia del simple burócrata, aquí estamos en presencia de una burguesía sindical.

Cuando un dirigente sindical se convierte él mismo en burgués, tenemos allí un elemento diferente. Ya no se trata del simple burócrata que busca solamente aplacar la lucha contra la burguesía. Estamos en presencia de un burgués que dirige un sindicato obrero. Se trata de empresarios en toda

regla, que incluso pueden acumular en la misma rama de su sindicato, por lo cual tendremos a un patrón dirigiendo el gremio de sus obreros. En estos casos se produce un gran retroceso en las organizaciones gremiales. En los orígenes de los sindicatos, los obreros batallaron para expulsar de sus filas a quienes se habían convertido en explotadores (recordemos que se trataba por lo general de sindicatos de oficio, en un período de subsunción formal). Pero desde hace décadas que hay sindicatos dirigidos por la burguesía, ya no en términos programáticos, genéricos, sino concretamente. Así, no solo se abandona cualquier perspectiva de lucha, sino que incluso se concede el avance de la burguesía sobre conquistas históricas de los trabajadores en pos de un aumento de la explotación. Por ejemplo, los obreros de la construcción perdieron en la década del 60 el derecho a la indemnización que fue reemplazado por el fondo de desempleo. El ejecutor de tal derrota fue Rogelio Coria, entonces Secretario General de la UOCRA. Coria no solo era propietario de empresas de construcción, o sea era patrón de obreros de su gremio, sino que incluso era dueño de la empresa que se dedicaba al cobro del fondo de desempleo.

En resumen, cuando hablamos de burocracia nos enfrentamos a una dirigencia sindical que expresa un programa reformista, y por tanto burgués, que concretamente se encarna en el peronismo, en sus diferentes variantes. Ello abarca desde el simple burócrata que establece una alianza política con la burguesía, hasta quien se ha convertido en un burgués. Queda aún por dilucidar cómo este personal sindical ha perpetuado su dominio.

La relación con la clase

Desde hace más de 70 años los sindicatos argentinos están dirigidos por el peronismo. El peronismo ha creado una mitología de sí mismo, según la cual el movimiento obrero nació en 1945. Esto es falso. La clase obrera ya tenía para esa época al menos medio siglo de organización que había surgido con el anarquismo y el socialismo. Lo que no puede negarse es que desde mediados del siglo XX, el peronismo mantuvo la hegemonía absoluta sobre las organizaciones gremiales. La pregunta es cómo ha logrado esa eficacia.

A diferencia de lo que se cree usualmente, en la Argentina, la burocracia sindical no fue inventada por el peronismo. Podemos datar su surgimiento en la década hacia la segunda mitad de la década de 1910, bajo el gobierno de Irigoyen, en la Federación Obrera Marítima (FOM).⁴ La dirección de la FOM estaba en manos de sindicalistas revolucionarios que pronto abandonaron la definición de

⁴ Lucena, Alberto y Villena, Cesar: "La primera burocracia sindical. La Federación Obrera Marítima y la Gran Huelga de 1920-1921", en *Anuario CEICS*, n° 2, Buenos Aires, 2008.

“revolucionarios” para pasar a ser sindicalistas a secas.⁵ La característica propia del sindicalismo revolucionario, corriente fundada por George Sorel, es la negación de la necesidad de la organización político partidaria de la clase obrera. Según esta corriente, los sindicatos bastan como organización de la clase, y sería con ellos como instrumento y con la huelga general como método que se alzaría con el poder. Una vez que esta corriente abandona su perspectiva revolucionaria, se convierte en defensora de la organización corporativa de la clase de forma exclusiva, es decir, adoptan una posición netamente reformista. Esta corriente priva a la clase de una organización política independiente, dejándola librada a la dirección burguesa en el campo de intervención política. De hecho una de las características de la FOM fue su confianza en la intervención del Estado burgués en los conflictos, el abandono de una estrategia de acción directa y la contención de las tendencias más combativas y predispuestas al enfrentamiento, como el anarquismo.

El movimiento obrero entró, tras la derrota de la huelga de la FOM en 1921, en un reflujo del que salió a comienzos de la década del 30. El epicentro del ascenso fue la huelga general de 1936, dirigida por los comunistas, que controlaban los sindicatos por rama más importantes del período, como el de la construcción (FONC). El peronismo se erigió como dirección sindical sobre la base de la aniquilación del comunismo (represión, ilegalización de sindicatos y creación de sindicatos nuevos de la mano de dirigentes afines a los que se les otorgó el monopolio sindical). De allí en más, dominará los sindicatos. En los estudios históricos se ha señalado que el proceso de burocratización nace en la década de 1960 con el vanguardismo y como resultado de la derrota de la resistencia peronista en 1959⁶ y el reflujo en el que se sumergió el movimiento obrero.⁷ Aunque se ha indicado también que los inicios del proceso de burocratización pueden rastrearse bajo los primeros gobiernos peronistas, dado por las nuevas leyes que regulan el accionar de los sindicatos y la negociación colectiva, el proceso de afiliación masiva y el desarrollo de los sindicatos como prestadores de beneficios sociales.⁸ La actuación de la dirigencia sindical en el levantamiento del paro y las manifestaciones de Rosario contra la Libertadora aportan evidencia en este mismo sentido.⁹ Cabe señalar que ambos enfoques no son necesariamente opuestos ya que quienes resaltan el proceso de burocratización desde la derrota de la resistencia peronista, plantean también que ese proceso de luchas había dado lugar a la emergencia de liderazgos sindicales que desplazaron a las

⁵ Ver: Sartelli, Eduardo: “Celeste, Blanco y Rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera en la crisis hegemónica (1912-1922)”, en *Razón y Revolución*, n° 2, Buenos Aires, primavera de 1996.

⁶ Salas, E.: *La resistencia peronista: la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires, CEAL, 1990.

⁷ James, D.: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

⁸ Doyon, L. M.: *Perón y los trabajadores: Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

⁹ Kabat, M., Fernández, R. y Costes, B.: “La resistencia al golpe de 1955, mito y realidad”, en Sartelli, E. y Kabat, M. (coord.) *Mentiras Verdaderas. Ideología, nacionalismo y represión en la Argentina 1916-2015*, Buenos Aires, OPFYL, 2017.

burocracias sindicales que no habían sabido o querido responder al golpe de estado.¹⁰ Si es contrastante la posición de Schneider que niega la derrota de la resistencia, así como la existencia de una renovación de la dirigencia sindical pos 55.¹¹ En la visión de James, lo importante es la idea de los condicionantes históricos de la emergencia del proceso de burocratización, que asocia a momentos de reflujo de la lucha política. Por el contrario, la posición de Schneider tiende a negar la existencia de momentos de alza y reflujo de la lucha de clases y a relativizar los aspectos más negativos de la burocracia sindical.

Las explicaciones de la permanencia de la burocracia suelen girar en torno a dos posiciones. Por un lado, quienes plantean que la dirigencia sindical refleja la conciencia de las bases. Es la dirección que las bases eligen y respaldan, y por tanto es expresión genuina de ellas. Estas posiciones tienden a acercarse al peronismo. El supuesto es que las bases fueron, son y serán peronistas, que nunca entraron ni entrarán en crisis con el reformismo. La versión de izquierda de esta posición, por ejemplo Montoneros, supone que esa forma de la conciencia no implica un obstáculo para el desarrollo de la conciencia revolucionaria. Más a la derecha, se construye una visión idealizada de la burocracia y una apología de la misma.¹² Por el contrario, la izquierda tiende a explicar el fenómeno con el argumento opuesto: la burocracia siempre traiciona a las bases y solo se sostiene en base a la represión y la anulación de la democracia interna. Lo que esta visión no puede aceptar es la idea de que los obreros puedan elegir otra dirección porque la considera mejor. Se trata de una posición también abstracta, según la cual, los obreros no pueden ser nunca reformistas o, incluso, reaccionarios. La clase obrera repudiaría esta dirección, y por ello los mecanismos para mantenerse en el poder son exclusivamente coercitivos. Pero nunca esa dirección podría expresar realmente a las bases. Si en la primera se idealiza a la burocracia, aquí se idealiza a la clase obrera.

Ambas posiciones son idealistas y a históricas. La primera no explica por qué si existe tanto consenso, la burocracia necesita del uso de la violencia física. La segunda, no explica por qué no existe en los obreros voluntad y predisposición a enfrentarse a la burocracia y destituirla. Ambas parten de un supuesto epistemológico que naturaliza un resultado específico de la lucha de clases, que en algún momento puede ser cierto, pero que no da cuenta de la dinámica de la lucha ni de la conciencia obrera. Hasta un reloj parado acierta dos veces por día.

La conservación de la hegemonía peronista en los sindicatos no puede entenderse desde estas posiciones, aunque ambas expresen parcialmente alguna verdad. Como explicamos, la burocracia peronista expresa algún interés de la clase, así sea parcial e inmediato, y por tanto en momentos en

¹⁰ James, D.: *op. cit.*

¹¹ Schneider, A.: *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo 1955-1973*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2005.

¹² Estas posiciones se pueden ver en: Iñigo Carrera, Nicolás (Director): *Sindicatos y desocupados en Argentina. 1930/1935 – 1994/2004. Cinco estudios de caso*, PIMSA, Buenos Aires, 2001.

donde la conciencia que prima es la reformista, las bases tenderán a confluír con esas direcciones. Esto sucede de forma más pronunciada en momentos de derrota, cuando la lucha de clases se encuentra en declive. En esos momentos, la burocracia puede dominar los sindicatos con relativa tranquilidad. Incluso puede ser protagonista de luchas y conquistas económicas. Pero dado que la conciencia no es estática, porque la realidad no lo es, la relación entre las bases y sus direcciones puede variar. En la medida en que la clase busque avanzar en su lucha, en que entre en crisis con esa conciencia reformista, o que incluso alguna fracción adopte un programa revolucionario, se encontrará enfrentada a su dirección sindical. Es allí cuando la burocracia peronista aparece como un obstáculo para su desarrollo, cuando la ideología pierde fuerza y aparece la represión lisa y llana. La lucha contra las corrientes revolucionarias en el seno de la clase obrera incluye el plano ideológico, en el que la burocracia busca convencer a sus bases apelando a la ideología peronista, nacionalista y hasta católica.

Pero en momentos de alza de la lucha de clases, esto resulta insuficiente y se apelan a otros métodos, como la conformación de fuerzas de choques, que en las últimas décadas cobraron la forma de patotas. Por sus objetivos políticos, el reformismo encierra una potencialidad contrarrevolucionaria que se manifiesta frente a la emergencia de una fuerza social revolucionaria que pone en cuestión las relaciones sociales existentes. La burocracia suele surgir contra corrientes revolucionarias y viene a imprimirles una derrota para encauzar a los obreros en el programa reformista. No solo expresa ese programa sino que también batalla por imponerlo. Pero una vez derrotada dicha fuerza, la burocracia puede volver a dominar por medios “normales”, es decir, con apoyo de sus bases, y consolidar su poder.

Este proceso puede observarse en la coyuntura 69-76, del Cordobazo al golpe militar, signada por la emergencia de una fuerza social revolucionaria en el seno de la clase obrera, producto de la crisis del reformismo. Hasta el 73, la burocracia podía ubicarse dentro de la fuerza social reformista. Una vez que el peronismo asume el gobierno, irá acercándose a la fuerza social contrarrevolucionaria y será la encargada de batallar contra la “guerrilla fabril”. La apelación al discurso de la unidad nacional y el llamamiento a la pacificación del país fueron algunos de los argumentos que se esgrimían para defender las políticas del gobierno que implicaban el congelamiento salarial por dos años (Pacto Social).

“Y así como ayer luchamos, aplicando los métodos que consideramos más convenientes en cada circunstancia, fieles a una estrategia irrenunciable que apuntaba a la toma del poder por parte del pueblo, para asegurar un destino propio y una realización integral, con el mismo vigor y la misma

decisión, estamos prontos ahora y dispuestos, para la enorme y enaltecida tarea de la reconstrucción y la liberación nacional.”¹³

Junto con ello, se buscó desacreditar a quienes se oponían a ella exaltando el nacionalismo, tildando a las corrientes de izquierda de opositoras a los intereses nacionales, cristianos y populares que defenderían los obreros junto a Perón. Por ejemplo, en una revista del sindicato petrolero en 1973, frente a la conflictividad obrera creada por el pacto social y el avance de la izquierda explicaban:

“No necesitamos apelar a concepciones extrañas, ni corrientes filosóficas que repugnan nuestra tradición cristiana, para concretar la revolución anhelada, de esencia, raigambre, estilo nacional. No vamos a instituir la lucha de clases como fin, sino suprimir el enfrentamiento sectorial, para crear las condiciones económicas que permitan una distribución equitativa de las riquezas y bienes producidos [...] Cristo redimió a la criatura humana y le señaló el camino de su igualdad y dignidad predicando el amor entre hermanos. Así debe ser nuestra revolución Justicialista”.¹⁴

Se presentaban, así, como gendarmes de la nación, del movimiento peronista y de la clase obrera, contra aquellos que atentaban contra sus intereses. Todo ello fue parte de una batalla ideológica que los sindicatos peronistas desplegaron contra las corrientes marxistas y peronistas de izquierda en el seno de la clase obrera, en la que no ahorraron tinta ni argumentos para ganar la conciencia de las bases y mantenerlas en el redil peronista.

Pero los ataques a los activistas de izquierda no fueron solo verbales, dado que su influencia seguía creciendo. A la represión ideológica se sumaba la represión física. La eliminación física del enemigo comenzó con la masacre de Ezeiza y siguió un curso ascendente con la creación de la Triple A y otras organizaciones de choque paraestatales, como la Juventud Sindical. La tarea de los sindicalistas era desterrar la oposición por izquierda en los gremios. Para ello apelaron a diferentes medidas, en especial sanciones disciplinarias o expulsiones del gremio, lo cual dejaba sin fueros a los activistas de izquierda. En función de fortalecer el poder de la dirigencia sobre las estructuras sindicales, la burocracia peronista impulsa la reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales, cuya aprobación le otorgó mayores prerrogativas para controlar sus gremios y expulsar de ellos a la izquierda, por ejemplo, interviniendo seccionales. Esto tuvo particular importancia para disciplinar seccionales o comisiones internas combativas. La participación de la burocracia en el armado de las listas negras para el gobierno militar muestra su colaboración con dicho régimen.

¹³ Confederación General del Trabajo: *Argentina Liberada*, 1973, pp. 279-280.

¹⁴ Federación Sindicatos Unidos Petroleros del Estado: *Petróleo Argentino*, n° 74, agosto-septiembre de 1973.

Es importante señalar un último punto en relación al lugar que la burocracia busca asignarles a los sindicatos en tanto organizaciones corporativas. La lucha sindical constituye la primer batalla que la clase obrera libra contra la burguesía. Mediante ella, se enfrenta a su enemigo de clase en el nivel más elemental de las relaciones capitalistas, es decir en el terreno económico, donde se disputa la venta de su fuerza de trabajo, tanto su precio (salario) como su uso (las condiciones laborales). Esta lucha no implica un cuestionamiento a la relación de producción capitalista ni en su forma (el trabajo asalariado) ni en su contenido (la explotación). Cuando se organiza a la clase obrera sindicalmente se la organiza como clase en sí, es decir, como clase para el capital. Por tanto, no cuestiona la existencia misma de la división de la sociedad en clases sociales ni busca abolir la organización social capitalista y, por tanto, el dominio de la burguesía. Por el contrario, parte de la aceptación de la existencia de todo ello, sobre la base de lo cual busca imponer un límite a la tasa de explotación, pero no eliminar su existencia misma.¹⁵

Esta es una primera línea divisoria entre los sindicalistas reformistas y los revolucionarios. Los primeros buscan solamente mejorar las condiciones de vida de la clase obrera bajo el capitalismo, mediante una “distribución más justa” de los ingresos. Los segundos saben que esto es imposible en este sistema social y que la única vía para evitar la tendencia a la degradación permanente de la clase obrera es la revolución socialista, porque las conquistas sindicales solo pueden revertir parcial y momentáneamente esa tendencia. Mientras para los primeros la lucha sindical es un fin en sí mismo, para los revolucionarios la lucha sindical es la primera trinchera a cavar contra la burguesía en una guerra que busca acabar con su dominación social. Los reformistas no buscan superar la instancia de la clase en sí. En cambio, los revolucionarios buscan el salto cualitativo hacia la conformación de la clase para sí, es decir una clase organizada en pos de sus intereses históricos y no solamente de los inmediatos, lo cual se expresa en la conformación del partido revolucionario de masas.

La organización sindical es un primer paso que permite quebrar con la fragmentación y la competencia que el capital impone entre los propios obreros, con la conciencia liberal individualista, oponiéndole la solidaridad de clase y la conciencia de la existencia de intereses comunes opuestos a los de la burguesía. Sin embargo esa conciencia es aun limitada: se puede entender la oposición de intereses, pero creer que estos pueden conciliarse en los marcos del capitalismo. El corporativismo surge de este supuesto y puede reconocerse su impronta en el peronismo. En ese sentido, la burocracia busca diferenciarse del sindicalismo clasista que denuncia la imposibilidad de conciliar los intereses de clases antagónicas como puede leerse en los siguientes ejemplos:

¹⁵ Ver: Anderson Perry: “Alcances y límites de la acción sindical”, en *Economía y política en la acción sindical*, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 44, 1973, Córdoba.

“Nuestra C.G.T., identificada plenamente con la idiosincrasia de los trabajadores argentinos, ha rechazado en forma permanente todos los intentos que, bajo pretextos sectariamente clasistas, intentaron aislarla de quienes, sin ser específicamente trabajadores, confluían hacia objetivos similares de carácter nacional [...] Aportará, pues, el número, la unidad, la disciplina y la organización; con esa amplitud que los trabajadores, históricamente, han puesto siempre al servicio de las altas causas nacionales, seguros de que su destino es, absolutamente, el propio destino del país”.¹⁶

“De esta forma ha de llegarse a la democracia integrada donde solo ha de haber lucha de intereses teniendo en cuenta una real escala de valores para obtener una escala jerárquica, pero jamás una lucha clasista. Los importadores de este pensamiento no han analizado las tremendas contradicciones en que ha caído el propio socialismo marxista. Por eso ha dicho el General Perón que los ultraizquierdistas ya no tienen cabida, ni siquiera detrás de la cortina de hierro; sirven nada más que de material de exportación”.¹⁷

Conclusiones

La burocracia sindical no refiere simplemente a un conjunto de funcionarios especializados en alguna tarea, en este caso la sindical. La burocracia sindical no puede entenderse en abstracción de las condiciones históricas de su surgimiento y perpetuación. Tampoco puede entenderse a partir de una visión estática de su relación con la clase. Por el contrario, este vínculo es dinámico y sufre los vaivenes de la lucha de clases. Específicamente, tiende a tensionarse en los momentos en que una fracción de la clase obrera entra en crisis con el reformismo y comienza a acercarse al programa revolucionario.

El concepto de burocracia sindical refiere a una dirigencia sindical que encarna un programa político específico: el reformismo. Es ello lo que explica su tendencia a la conciliación de clases, que aparece de forma más o menos evidente en sus acciones, según la cercanía que tengan a los intereses de una u otra clase: a la derecha, más cerca de la burguesía, a la izquierda, más cerca de la clase obrera. En el primer extremo se ubica un conjunto de dirigentes que han dado un salto en su acercamiento a la burguesía pasando a formar directamente parte de esta clase.

Dado que en última instancia defienden el interés más general de la burguesía, o sea la continuidad de las relaciones sociales capitalistas y el dominio de la burguesía, la potencialidad

¹⁶ Confederación General del Trabajo: *op. cit.*

¹⁷ Unión Ferroviaria: *El obrero ferroviario*, n° 839, octubre de 1973, p. 15.

contrarrevolucionaria del reformismo cobrará cuerpo en los momentos de agudización de la lucha de clases. Es por ello, que en esas instancias en las que peligra la hegemonía burguesa, y la suya en los gremios, aparecen las formas de coacción de forma más abierta. Pero en momentos de dominio estable, las formas de consenso cobran mayor relevancia. Su permanencia en la dirección de los sindicatos no podría explicarse sin el apoyo material tanto de la burguesía como de su Estado y la legislación gremial, interesados en sostenerlos como dique de contención y como representantes de sus propios intereses en el seno de la clase obrera, aunque ello no invalide que sean, a la vez, representantes de intereses parciales de los trabajadores.